

LA LEYENDA DE LAS MANCHAS AMARILLAS

Daniel Tejerina

Esta leyenda me la contó un pastor con el que me encontré en la cumbre de la Peña de las Pintas, una atrayente montaña cerca de los Picos de Europa que se destaca casi solitaria, aislada de sus compañeras del entorno, toda ella de caliza blanca y refulgente y que las noches de luna llena brilla como si estuviera nevada. Un día del verano pasado, que prometía ser soleado pero que amaneció cubierto de densa niebla, me decidí a subir sin más compañía que mi soledad y debo reconocer que no lo hubiese logrado si no hubiera sido por la ayuda de unas manchas amarillas que, de tramo en tramo, alguien había pintado sobre aquella piedra caliza para señalar la senda correcta.

Ya en la cumbre, mientras descansaba sentado al pie una pequeña imagen de la Virgen que allí estaba entronizada – la Virgen de Roblo, como supe luego, patrona del pueblo cercano - apareció un pastor del lugar con el que entablé conversación y compartí unos tragos de vino de la bota que me agradeció, creo que con ganas. En el discurrir de aquella distendida charla se me ocurrió comentarle, no sin cierto tonillo de prudente crítica por mi parte, que yo no era nada partidario de que la gente manchase las montañas con pintura amarilla para señalar los caminos, a pesar de las indudables ventajas que estas marcas podrían suponer para el desorientado senderista. Había, a buen seguro, otros métodos más respetuosos con el entorno que evitaban esta “profanación”. Sin molestarse en absoluto en contradecir mis palabras el pastor se limitó a contarme la siguiente leyenda que, con algún adorno literario por mi parte, pero respetando siempre su esencia, paso a relatar.

“María siempre había sido una **chica sencilla y despreocupada hasta que** apareció aquel ángel (Gabriel, creo que se llamaba) y a ella se le ocurrió decir aquello de **“He aquí la esclava del Señor”**. A partir de entonces se le acabó la tranquilidad y empezaron las responsabilidades y los quebraderos de cabeza. Pero había merecido la pena. No siempre –pensaba humilde- Dios en persona se acuerda de una de forma tan singular. Un honor, vamos.

Ahora ya tenía más de 60 años y, por lo visto, había llegado su hora. Ella era de la opinión de que como en casa en ningún sitio, pero Jesús, su hijo, lo había decidido así y cualquiera le llevaba la contraria, ¡con lo que había pasado, el pobre!. Además, de esta forma iba a estar otra vez junto a

Él y, como a cualquier madre, eso le ilusionaba muchísimo. Pero Jesús se había empeñado en que, en lugar de morir en la cama, tranquilita como casi todo hijo de vecino, iba a ser subida, así tal cual estaba, con ropas y todo, al mismo Cielo. ¡Vaya ocurrencia!

Y fue precisamente un 15 de Agosto, con todo el calorazo del verano, cuando se presentó en su casa una legión de ángeles, formados en columna de a tres, bien uniformados y con unas grandes alas de oro que ella supuso serían las alas de los días de gala. No entendía bien para qué hacían falta tantos ángeles con lo poquito que ella pesaba, pero ya se sabe que eso del protocolo, de las escoltas y del séquito son cosas difíciles de explicar, así que no quiso preguntar. Además tampoco le importaba lo más mínimo ya que lo que de verdad deseaba era estar cuanto antes con su Hijo. No obstante dedicó antes unos minutos a arreglarse y peinarse un poco porque, aunque siempre había sido guapa, nunca estaba de más mantener las formas. *“Al Cielo hay que llegar bien preparada en todos los sentidos”*, se decía.

Los ángeles se presentaron como la *“Primera Legión de Querubines del Ejército Celestial”*. Al mando iba un arcángel, alto, rubio y guapetón, armado con una coraza y una espada (que María no entendía muy bien para qué la iba a necesitar en aquel viaje) y que dijo llamarse Miguel. El arcángel le preguntó si ya estaba dispuesta para la *“asunción”* (por lo visto así se decía cuando alguien era llevado en cuerpo y alma al Cielo) y como María le contestó sin dudar *“cuando Vd. quiera, Sr. Angel”*, éste empezó a impartir con energía las órdenes oportunas.

Pronto la elevaron en volandas por encima de edificios, ciudades, montañas y ríos. Ella no tenía vértigo, pero aquellos ángeles con aquellas alas doradas, tan grandes y potentes, iban a una velocidad endiablada y casi no le daba tiempo a disfrutar del viaje y del paisaje.

Pero, así y todo, la vio. No podía pasar desapercibida.

Allí abajo estaba: una mole de piedra caliza, blanca como la nieve, con un ancho pico por corona y que destacaba entre todas las demás rodeada de prados verdes y ríos brillantes como espejos. Era la *Peña de las Pintas*. Nunca le habían hablado de ella y ciertamente en Palestina no tenían nada parecido. Le gustó tanto que quiso conocerla más de cerca antes de subir definitivamente al Cielo, así que se dirigió a Miguel y le preguntó si podían parar un momento en su cumbre. No era fácil hacerse entender a aquellas velocidades por lo que María tuvo que gritar más fuerte y repetírselo por segunda vez.

Miguel era un arcángel muy valiente y educado, pero tal mismo tiempo muy disciplinado en el cumplimiento de sus órdenes y éstas eran claramente las de llevar a la Virgen derecha al Cielo.

De vivir en estos tiempos seguro que sería coronel de la Guardia Civil, por lo menos. Así que, un poco contrariado por la interrupción no prevista del viaje, preguntó cortésmente a María la causa de aquella detención

-Me gustaría Sr. Angel - contestó María señalando la Peña de las Pintas - que, si a Vd. no le causa mucho trastorno, antes de subir al Cielo, hiciésemos una paradita en la cumbre de aquel pico blanco que se ve allá abajo, que quiero disfrutar un ratito de sus vistas.

Miguel no se lo podía creer. ¿Bajar hasta aquel pico cuando desde donde estaban se podía contemplar mucho mejor el paisaje? Incomprensible. Pero, en fin, se trataba de la mismísima Madre de Dios y ya se sabe la fuerza y la influencia que tienen las madres. Él había sido testigo de lo que le pasó a Lucifer por querer llevar la contraria a su Hijo, así que prefirió darle gusto, no fuera a ser que por una bobada así se viese degradado a simple Angel de la Guarda -de a saber quién- y echase por tierra su exitosa carrera profesional en el Ejército Celestial. Además, aunque en temas femeninos no estaba muy ducho, había oído decir que las mujeres son difíciles de entender (lo que quedaba palpable en aquel momento) por lo que no lo pensó más y accedió con resignación. Total sería sólo un ratito y tenían tiempo de sobra para llegar al Cielo.

Dicho y hecho. Los querubines, a una orden de su jefe, enfilaron en picado hacia el fondo del valle, junto al río, y desde allí, ya más sosegadamente para que la Virgen disfrutase a placer del viaje y luego hablase bien a su Hijo del servicio de transporte, fueron remontando la falda de la montaña hasta llegar a la cumbre donde depositaron con cuidado a María. A sus preguntas, le informaron también, muy diligentemente, que aquella montaña recibía el nombre de *Peña de las Pintas*, un pico no demasiado famoso fuera de la zona, aunque ciertamente atractivo, y que estaba situado en una región romana llamada Hispania más o menos a unos 5.000 Km. de su Palestina natal (en realidad le dieron la cifra exacta en “estadios” que era la medida de longitud usada por entonces). Ella les agradeció todos estos detalles y se dispuso a descansar un ratito en aquel lugar tan agradable. El día estaba espléndido y la tranquilidad y las vistas que desde allí se disfrutaban no podían ser mejores.

Los ángeles eran muy eficientes, como todo buen soldado, pero también eran algo descuidados. En su veloz subida no pusieron atención por dónde volaban y con sus alas de oro rozaron muchas de aquellas piedras blancas dejando un montón de manchas amarillas sobre la roca impoluta. El arcángel Miguel, al verlo, se enfadó bastante y ordenó que las limpiasen inmediatamente hasta dejar la piedra como estaba antes (Miguel pertenecía además a la AAEU, *Asociación de Ángeles Ecologistas del Universo*, y era muy exigente en lo que concernía a mantener limpia la

naturaleza). Sin embargo, cuando los ángeles, obedientes, se disponían a borrar las manchas, intervino María, siempre al quite, y dijo:

-Mejor, no las limpiéis. Dejadlas tal y como están porque así servirán de guía para evitar que se pierdan los excursionistas que no conozcan bien el camino para subir a esta montaña, especialmente los días en que haya niebla.

“Lo que me faltaba” - pensó Miguel - *“¡Encima dando órdenes! ¡Estas mujeres!”* Pero no tuvo más remedio que acceder porque ya veía que el día lo tenía perdido. Así que, paciencia y a aguantar.

Y desde entonces allí siguen las manchas amarillas marcando la subida a los caminantes. Algunos, algo más radicales e intransigentes, opinan que afean la montaña y que deberían borrarse, pero es casi seguro que no saben que fue la mismísima Virgen la que ordenó dejarlas.

María permaneció en la cumbre un buen rato (más de lo que Miguel, impaciente, hubiese deseado) mientras los querubines se echaban un sueñecito acurrucados entre las piedras. Le gustó tanto aquel sitio que se prometió a sí misma volver a menudo. Estaba segura que su Hijo, como buen hijo, no le podía negar eso a su madre. Y así lo hizo. Todos los años, los mismos ángeles, con Miguel al frente, se presentaban voluntarios para bajar a la Virgen el 15 de Agosto desde el Cielo hasta lo más alto de la Peña de las Pintas donde se quedaba unas horas contemplando en silencio el paisaje y meditando. En el Cielo se está bien, qué duda cabe, pero de vez en cuando también conviene variar un poco. ¡Y qué mejor lugar que aquél para hacerlo!”

Cuando terminó su relato el pastor lo completó diciéndome que hacía tiempo que el pueblo había colocado una imagen de su Patrona en el alto de aquel pico, hasta donde, el 15 de Agosto de cada año, se organizaba una romería para acompañar a la Virgen que seguro que allí les esperaba ese día tal y como aseguraba la leyenda. Leyenda que, como otras muchas, la jerarquía eclesiástica aún no ha reconocido como auténtica. Pero no importa: la Virgen y los senderistas saben que es cierta y eso basta.

Desde aquel día cada vez que en mis andares montañosos descubro unas manchas amarillas en las rocas las miro con ojos más benévolos y me fijo con atención en los alrededores por si apareciese algún ángel de doradas alas merodeando por allí.

Marzo 2018